

Respuesta a unos amigos colombianos

Escribe: EDUARDO MALLEA

— I —

Los hombres nos pasamos la vida entera hablando de cosas que no tienen fin. Cuanto menos fin tienen las cosas de que hablamos, más hablamos de ellas. Hablamos de nosotros mismos; de otros seres: humanos, animales y vegetales; de hechos, fenómenos y circunstancias; de ciencia, de ideas; y en fin y sobre todo de lo inmemorialmente inexplicable.

Pero de lo que hablamos decimos tan poco, que la suma de las revelaciones del genio humano caben en un solo libro —si son meramente enumeradas—, y en cien si vertimos su texto completo. El resto comprende la masa sucesiva de sus ramajes tributarios y de sus disgresiones laterales o extensión parasitaria. De entre esa masa de conocimientos, todos nos instruyen y pocos nos modifican. Su fatigante aprendizaje nos deja en ocasiones ahitos, en ocasiones sedientos. Y son esos hartazgos y esas sedes el vaho que la respiración del alma manifiesta antes de dejar la envoltura que nos caracteriza en este mundo. A veces corremos hacia las más insólitas metas impulsados por cierta voluntad inmensa de asir algo; otras erramos de retorno con el solo alivio de la idea de no correr más detrás de un ómnibus fantástico,

de dejar de una vez esta fatiga, de no esforzarnos más tras aquello en cuya persecución disparábamos ilusionados.

Todo este ir y todo este volver; todo este golpe bravo de marea y toda esta melancólica resaca, nutren el compendio o epítome de nuestra vida, y eso hace uno del basto con el genio y a todos nos emparenta como familia y destino mortal en este mundo. En todo, sin embargo, nos reconocemos finitos, excepto en el orgullo de nuestra individualidad y la diferencia de nuestra aptitud: en el fondo de sí mismo ¿qué hombre no ha sentido la brama de la vanidad y el llamado secreto de esa guerra a que con cada otro hombre nos impulsa la voluntad eminente de sobrepasarlo? Una regla superior a nosotros mismos es lo que en definitiva nos señala pequeños. Creemos erróneamente que el fin de toda vida es el triunfo material y visible en un comparendo frío de competencias. Entre otros muchos hombres, ustedes han sentido la aspiración de dejar a salvo unos pensamientos, unas ideas reservadas a la práctica o al ideal del bien común, pues bien común es querer saber más, algo más, de lo que han pensado o intentado hacer los demás. Yo que como novelista soy un hombre de soledad que sueña con multitudes,

me congratulo de que en esta hoja mi descanso se haya juntado con el de ustedes para venir a escribirles, para venir juntos a hablar, de lo que los hombres emprenden juntos, los que trabajan en la soledad pensando en la multitud y los que trabajan en la multitud pensando en la soledad: entre unos y otros hay naturalezas infinitamente creadoras, y lo que crean los mejores los crean como donaciones de su mejor intimidad a la mejor multitud.

— II —

Hace poco me tocó ser el invitado de una mesa a la que se sentaban algunos hombres que se habían agrupado para hacer igualmente algunas cosas de beneficio común. Su asociación tenía un nombre: el nombre de un animal infinitamente misterioso. Sus asociados se llamaban *leones*. Y de ese animal, como de sí mismo, el hombre cree que sabe mucho, hasta que se pone a pensar en el enigma y comprueba en silencio qué enigmáticamente poco sabe de él, qué enigmático es el objeto de su pensamiento. Gordon Cumming, Andersson y Sealous han escrito sobre el león. El león no es el animal eternamente altivo que todos creen. No siempre es valeroso, no siempre tiene la cabeza alta. Como todo ser vivo, teme. Solo cuando supera su propio temor asume su espléndida belleza. Cuenta Sealous que cuando camina, el león baja la cabeza, la lleva a una altura inferior a la línea de su lomo, y solo cuando ve al hombre eleva la cabeza y enhebra su altivez. Ese es el minuto de sublimidad. Al igual del león, ese es el minuto en que el hombre se iguala con lo más elevado de su esencia, con

lo más espléndido de su esfuerzo y valor, con lo más hermoso y sobrehumano de sí mismo. Ese es el momento decisivo de Galileo, el instante de claror trágico de Sófocles, el minuto en que Dante concibe la *Comedia*, el segundo en que Einstein descubre su fórmula, el relámpago en que cualquier ser humano poderoso declina su poder por un acto de conciencia. Por ese momento excelso, cada cual levanta su voz contra la ley injusta o desafía al tirano que lo oprime. Yo creo que ustedes, dada la espontánea voluntad de honrar a que se inclinan, piensan según ese momento altivo de las frentes y de las almas que hacen en los leones y en los hombres la superioridad de las cabezas altas sobre las cabezas bajas. En nuestras respectivas tareas individuales solo la posibilidad de ese instante de sacrificio y resplandor nos hace trabajar sin descanso en la faena y da a nuestras obras la difícil posibilidad de su máximo tamaño en relación con nosotros mismos y con los demás.

Siempre inferior a su deseo, no es una obra de opinable destino lo que vale. Ustedes han querido acordarse hoy de mí como escritor e interrogarme sobre mis motivos y proyectos. Lo he aceptado sin merecerlo.

Es verdad que yo he escrito cierto número de libros; pero es verdad también que ellos no reflejan sino una ínfima parte de lo que al escribirlos trataba de expresar. La tarea de un escritor es especialmente patética. Lo mayor en él es su desesperada voluntad de oír —con el oído interior, naturalmente— y lo menor en él es su desesperado alejamiento continuo de los sonidos, temas o palabras que percibió cuando escuchaba. La historia de la lite-

ratura es por antonomasia la de esos minutos salvados de ser meramente oídos y perdidos. Cuando un escritor devuelve un tema profundo, no es a él a quien hay que celebrar o aplaudir, sino al minuto impersonal de percepción que ha devuelto el tema sublimemente ilimitado al tema eminentemente limitado; que ha hecho de aquella azarosa infinitud esta venturosa finitud: una obra dada.

¿Qué he hecho, o qué he intentado hacer? He ahí exactamente treinta títulos, los cuales representan exactamente cuarenta años de labor. Mi primer libro publicado es de 1926; el último, de 1966. El primero era un libro de cuentos. El último no es el último de mis libros ya escritos. Tres más están concluídos. Tres más empezados esperan ser concluídos asimismo. Dos más, en fin, no empezados aún, pero acabados ya en mi proyecto o pensamiento, se alzan listos en mi ilusión como si ellos solos me bastaran si los merezco para acabar —por sus temas, sus tonos, sus conclusiones— sin demasiado horror hacia mí, mi vida de escritor.

Un tono poético señala mi primera labor; luego ese tono no lo pude dar —o no tuve tiempo de darlo— en otros libros míos donde más que el encanto o la captación poética del lector me importaba una suerte de batalla: la lucha escrita, mediante algunas ideas, y convicciones sinceras, en la que me parecía necesario empeñarme cuerpo a cuerpo. Al abrazarme así a lo que consideraba denunciabile, atacable, vituperable, malo para las criaturas humanas, malo para el espíritu humano, malo para las almas, tuve que verme envuelto con mi enemigo, con mis temas, de un modo tal que la lucha podía tal

vez más que la posibilidad de vencerlo en el acto y transformarlo en la materia de un arte *con encanto*. Produje, pues, muchos libros demasiado pugnaces, donde las palabras y el conflicto me venían vehementemente a la cabeza y al corazón, y quizás esos libros, si bien no se resintieron de sinceridad, de necesidad, de fuerza combativa, se resintieron de esa pasión que desordena las palabras y las priva de la belleza que la serenidad les presta más. Pero yo debía ejercitar, exponer, tratar de comunicar esa pasión; y el arte se me presentaba secundario, pues primero quería a la verdad y después al arte. Mi compromiso con mi conciencia, mi compromiso con el alma, me fueron más fuertes que el encanto que antes había festejado. Solo ahora, dichas ya vehementemente muchas cosas que quería decir, puedo volver un poco más triste, pero un poco más tranquilo, a ciertos temas, a ciertos tonos, a ciertas medidas, a ciertas armonías de las que mi segunda fiebre me alejó.

No he abandonado mis ideas. Al revés, les he dado toda la mayor parte de mi vida, en términos de preocupación y en horas de trabajo. Pero recojo ahora —o intento recogerlo— aquello que había perdido: la intensa poesía narrada que me proponía en mi juventud. Mis temas más desinteresados, difíciles y mayores, están ante mí. Pero ahora quiero ordenarlos —si aun es tiempo— de modo que bajen la cabeza para entrar en un orden más riguroso y quizás así menos vanidoso y más orgulloso, si orgullo se puede llamar, por oposición a la vanagloria, a obligarse uno mismo a ser humilde o más reverente en el llamado a ese canto metódico, a la vez modesto y profundo, sacra-

mental y disciplinado, sin el cual ningún verdadero arte existe. No se entra a la poesía sin bajar la cabeza del alma. O sea sin desafiarse a sí mismo a perderse para ganarse. No llamo poesía a la poética, va de suyo; sino a ese dominio literario de ciertas distancias que dan a la letra la belleza del sobrevuelo, la intención que no parece intención, el impulso que no parece impulso, el relieve sin insistencia, la dramaticidad sin énfasis ni apoyo, la calidad por la pura economía.

En lo que a mí respecta les diré además que nunca di a lo que hice mayor importancia, porque algo me dio mucho más que mi propia obra, y eso que me dio mucho más fue mi inagotable fe en cierto número de creencias, hombres, hechos y valores cuyo relumbré no tenía nada de deslumbrante, debido a que al revés su resplandor era secreto, así como el fuego y la luz se mantienen siendo luz y fuego aunque existan en la mayor oscuridad y su fuego y su luz existan por el valor de su substancia y no por los accidentes de su reflejo.

Quizás ustedes, en la excesiva cantidad de páginas que he escrito, hayan visto, antes que lo dudoso de sus resultados, el temblor y la aspiración que me llevaron a la empresa de hallar en medio de tantas tentativas uno o dos o tres momentos fugaces de belleza hipotética. Ante ese deseo de fijar por un segundo, un segundo de belleza, ahora, a mis años, descubrí haberme pasado toda una vida sin haber osado pasar las puertas, y no me asalta sin embargo ninguna pesadumbre, porque en el fondo aspiro todavía como cuando tenía catorce años a escribir alguna vez una historia que haga soñar a alguien o una imagen que

alguien recuerde solitaria en la solitaria soledad de toda vida.

Es el esfuerzo lo que vale. Es la cuantía y altura de lo que persegamos lo que conferirá a nuestra empresa su verdadera victoria y su verdadero galardón. Pues solo eso es sacrificio, y el sacrificio de algo en aras de algo más grande que él es lo que de veras lo califica, antes que su opinable y a veces perecedero resultado. Un gran escritor de los Estados Unidos, William Faulkner, ponía a la cabeza de su generación como al más meritorio, no al escritor más famoso o más grande, sino al escritor que en mayor volumen había fracasado; porque su voluntad y su designio, sus metas y su faena, fueron mayores. Y la historia de los escritores que no llegaron a ser debidamente conocidos no les ha robado como mérito y como conciencia, en su histórica oscuridad, el gozo íntimo de lo que trabajaron y la visión de lo que desearon y se propusieron. Murieron derrotados para la notoriedad, pero su triunfo no pudo ser empalidecido por ningún tribunal, por ninguna fuerza, porque ningún tribunal ni ninguna fuerza tiene poder sobre el infinito sueño inderrotable.

Amigos, que nuestro pensamiento sea siempre, pues, ver a los hombres con la cabeza alta y que nuestra cabeza no descienda nunca por obra de la injusticia o el egoísmo a querer ver alrededor cabezas bajas. Que sepamos que no hay tranquilidad de corazón que se compare con la que otorga el hacer que nuestro pensamiento sea un instrumento de credulidad y una herramienta de realce de los otros hombres, antes que un instrumento de su rebajamiento o una herramienta para su miseria, su persecución o su desprecio.